

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—La Ramera.—Dos hojas secas —El Pueblo.—¡No os lamenteis!

LA RAMERA

(Conclusion)

y no esencial; sufrible y no perfecto; hábil y no consciente; sagrario y no verbo; criatura organizada para ser *impuesta* no para *imponerse*. La falta de ciencia, de observación y de sentimiento, el extravío del hombre, en fin, le ha llevado á colocar como premisa de sus conclusiones un error de principios, la consecuencia se ha ensanchado, y, dañando *positivamente* (por causa del medio en que se la *obliga* á desarrollarse) la especie femenina, ha estancado su organización, viniendo á producir, con signos *reales*, una *apariencia* de verdad para tal sofisma. En prueba de este aserto, la ciencia con exactitudes numéricas nos señala una desproporción inmensa, en perjuicio del femenino, entre el cerebro de la mujer europea y del hombre europeo (peso, calidad, construcción y medida) y una desproporción insensible y en la mayoría de las razas inapreciables, entre el de la mujer y el hombre de los pueblos salvajes: es decir, la cuestión de la inferioridad queda reducida á simple condición de tiempo y de medio y no entraña, como principio incommovible, esencialidades del ser. Pero como queda dicho, la causa de la deficiencia que pudiera llamarse del momento presente (¿qué son los siglos ante la vida de la humanidad)! parte de un error de concepto del hombre, que juzga su *solitaria* voluntad motor omnipotente de la vida... (¿será error de concepto, ó vicio de puerilidad...?) reaccionadora en las entrañas de la mujer, por ley de pasividad *forzosa*. De este fondo de creencia se deriva todo el gran edificio de civilización contemporánea, y como este fondo informa una obcecación monstruosa, resulta que leyes y costumbres llevan la levadura de la guerra de ideas, sensaciones y prácticas entre las dos mitades de la vida; entre el hombre y la mujer; porque, á pesar de su inferioridad consignada (y acaso por esto mismo) la naturaleza, que vuelve por sus leyes donde quiera que estén profanadas, ha equilibrado la usurpación violenta, haciendo de la sierva, irritadora potente, de la humillada, débil irresponsable; con la cual recoge el hombre todo el daño que ocasiona. ¡Quién que haya reflexionado profunda y metódicamente sobre el misterio de la encarnación, analizándole á toda luz, con el ánimo sereno, como debe tenerle siempre quien piensa en los demás antes que en sí mismo; ¡quién será el osado que desligue las dos voluntades humanas con su presencia y jerarquía! ¡Quién no se para silencioso ante la sagrada hora, inclinándose con respetuosa veneración ante la mujer, cuya *voluntad* reacciona con poderoso anhelo, no en favor de sí misma, ni aun en favor

del hombre, sino en favor de la especie? ¿Y, cuándo la divina llamada alzó la vida á su trono más alto, que es el de criatura racional, que otra cosa que la *voluntad* de la mujer ha de otorgar al embrión deforme la alteza de humano? ¿á donde convergería la *creación del hombre* sin la *creación* de la mujer? Zoofito radiario, pez branquial, ave implume, cuadrumano insólito, en todo se quedaría la masculina voluntad, si la *voluntad* femenina no domase el dolor para trasformarlo en nutrición generosa, organizadora de la criatura perfecta, de la criatura humana. Hé aquí las dos esencias las dos paralelas infinitas que jamás podían absorberse ni confundirse en una sola *voluntad*, hé aquí las dos potencias iguales ante el génesis de la vida, mostrando iguales destinos, iguales almas, igual medida en el fin de sus horas, igual *iniciativa*, igual valimiento... ¿Y á que se queda reducida entonces la inferioridad en su raíz intrínseca? á *palabras* y *palabras* como dijo el gran poeta inglés. El reactivo de esta verdad es la ramera: su *voluntad* puesta en un solo fin, que es mantenerse, solo es fecunda para el dolor (la excepción confirma siempre la regla), en último caso el vástago de la ramera es la reivindicación de la personalidad de la mujer; el hijo de la prostituta; en la acepción relativa de la palabra, no tiene padre. Afortunadamente la naturaleza se venga en todo del ultraje que se la infiere en una de sus más perfectas criaturas. Con escarnio de todo derecho humano, la mujer pública pertenece al fisco, ni más ni menos que la resaca del matadero; la ley, para seguridad de sus protegidos, los viciosos establece vigilancia sanitaria sobre la ramera; más como olvida dirigir sus desvelos hácia el prostituido, el mal, sobre quien recae, realizando sus fines de destrucción continuada, no es sobre la mujer, es sobre el hombre y su descendencia. ¡Justa represalia de no empadronar también al vicioso. Este se va tranquilo: á su espalda queda la ley muy satisfecha, llevando lo insano al asilo ó al hospital, él... ¡el hombre! ¿Cómo descender de su altura de semi dios? ¿cómo prestarse al indecoroso fisco? su soberbia le salva de la humillación, pero le entrega á una consecuencia, que le otorgará, como á individuo el dolor, como á humano la vergüenza de una progiene miserable, enferma ó criminal; y, como si aún no fuera bastante este castigo á su impúdica injusticia, la naturaleza busca el equilibrio de sus fueros hollados, hasta en los últimos detalles. Los hijos *varones* del hombre prostituido heredan con más frecuencia y facilidad que las *hembras* la génesis del vicio... ¡Ah! digérase, ante esto, que la inmunidad innata del sér femenino contra los gérmenes del dolor y la degeneración, es la revancha que se toma de sus poderes profanados, de sus sentimientos vendidos, de su dignidad pisoteada!

Y sobre el abismo del mal, que eleva alborotadas ondas de cieno, devorantes de toda virtud, de toda belleza y de todo bien, la justicia soberana del regulador de los orbes, el espíritu de Dios, flotante en las leyes universales, imprime su mandato de suprema equivalencia, otorgándole á la mujer el privilegio excelso de todas las sublimidades del amor. Nada importa que torpezas erróneas la arrojen al fondo de las negaciones, sobre ella irradiarán fúlgidos resplandores de conmovedora ternura. Ella levantará con los eflúvios de su mirada la antorcha vivificante de las inspiraciones en el alma de los géneos; ella, bien que el dolor desgarré sus entrañas, abrirá con celestial sonrisa las puertas de la vida á los hijos del hombre; ella, cuando ya en su corazón no encuentre calor para la existencia ni esperanza para la felicidad, ascenderá en limbos de gloria sobre su descendencia, y con su diadema de canas, se afirmará con dulcísimo recuerdo de dicha en la memoria de sus nietos, y siempre sobre el pedestal grandioso del sentimiento, sacerdotisa vigilante del fuego generador de la creación, sus palabras serán himnos de gloria para el sábio y para el artista; bálsamo de consuelo para el des-

graciado; sostén regenerador para el réprobo; templanza suavísima de la fogosa pasión; compendio de todo lo tierno, lo generoso, lo noble y lo puro: fé de las almas, estímulo de las inteligencias, paz de la tierra!... ¡Sobre los desgarrados cimientos de estas generaciones que nos rodean, apolilladas por el materialismo escéptico y la prostitucion sibarítica, ella sola, ¡ la mujer! sostiene flotante la enseña de lo ideal, luminaria resplandeciente, que allá en los cielos eternos preside la formación de los mundos y el perfeccionamiento de la vida!

ROSARIO DE ACUÑA.

Febrero, 1887.

¡DOS HOJAS SECAS!

Brillaba el sol en la mitad del día,
Los árboles cubiertos de follaje
Daban sombra apacible, y de las flores
Se aspiraba el perfume deleitable.
Inmensa muchedumbre paseaba
En la umbrosa alameda, y de las aves,
El canto armonioso resonando
Decían en dulces trinos ¡Dios es grande!
Todo hablaba al espíritu, las frondas
Moviendo suavemente su ramage
Entonaban dulcísima plegaria;
(Tambien las hojas tienen su lenguaje)
Tambien dicen en tono misterioso
¡En Dios todo es perfecto y admirable!
De la naturaleza los primores
Que por ser tan diversos, (tanto valen)
Miraba embelesada, y de la vida
Olvidé en un segundo los pesares;
De pronto, cual si un aspid venenoso
Hubiese visto oculto en el ramage,
Lancé un grito de angustia indescriptible,
Sentí un dolor inmenso, inexplicable,
En medio de la luz y sus bellezas,
En medio de las flores y las aves,
Ví dos mujeres pálidas ajadas,
Y por sus ademanes y su traje,
Comprendí que eran *hijas de la noche*,
Esclavas infelices que ni aire
Tienen en sus tugurios; ¡desgraciadas!
¡Qué horrible esclavitud! ¡cuán miserable
Es la vida que sufren esos séres!.....
Vendiendo sus caricias sin que nadie
Les quiera dar su nombre, sin que el niño
Les dé el sagrado título de madre!
Máquinas del placer, son cuerpos muertos
Monton infesto de asquerosa carne,

Y es mentido el infierno de la Biblia
Por que el infierno está en los lupanares
¡Allí el crujir de dientes de los réprobos!
¡Allí las agonías interminables!
¡Allí el total olvido de las justas,
De las divinas leyes naturales!
La mujer toda luz y sentimiento!
La mujer destinada á ser la madre
Del tierno pequeñuelo, (cuya vida
Estriba en las caricias maternas:)
¡La mujer! elegida por Dios mismo
Para ser compañera inseparable
Del hombre, soberano de la tierra.
¿Qué es en el lupanar? hoja que cae,
Y el vendabal arrastra impetuoso,
Monton de cieno que inficiona el aire:
¡Pobre mujer la que desciende tanto!
¡Cortesana infeliz! para ser madre
Te dió Natura un organismo bello:
¿Por qué con negro lodo te mancháste?
¿Por que cuando tú sales y te mezclas
Entre la multitud, por más que haces
En adornar tu cuerpo, tu figura
Aparece ante el sol tan repugnante,
Que hay que apartar la vista de tu rostro?
Hacen daño tus gestos, tus modales,
Todo en tí es repulsivo, ¡pobre alma!
¡Quién será de tus hechos responsable!

.
.

Nunca podré olvidar cuando gozosa
Contemplando las flores y las aves,
Que entonaban sus cantos melodiosos
En su imperial palacio de follaje,
Ví á dos mujeres pálidas y ajadas
Queriendo demostrar gracia y donaire,
Moviendo la cabeza con descaro
De su infamia y baldon haciendo alarde,
¡Cuánto sufrí! cuán preocupada y triste
Abandoné el bellissimo paraje
Donde la luz, las aves y las flores
Formaban un conjunto deleitable!
¡Cuánta vida en los árboles frondosos!
¡Cuántos perfumes dulces y suaves!
Y entre tanta belleza dos figuras
Que proyectaban sombra en el paisaje.
¡Hojas secas del árbol de la vida
Que á su capricho las levanta el aire,

Y entre nubes de polvo las arroja
Tan pronto á un hospital como á una cárcel,
Ó á la fosa común, dó se disgregan
Sin recibir las lágrimas de nadie!.....

ANALIA DOMINGO Y SOLER

EL PUEBLO.

Cuando registramos el libro de la Historia, ese gran espejo de la humanidad, cuyas páginas reproducen ante nuestra razon los pueblos todos de la tierra, haciéndolos desfilar ante nuestra vista con sus miserias y sus grandezas, sus afanes de conquistas y sus esfuerzos por ascender en la escala de la perfeccion, no puede menos de contristarse nuestro espíritu, si allá en los espacios silenciosos de la reflexion meditamos un momento sobre la penosa y degradante situacion que, desde los primeros siglos históricos, ha venido atravesando la masa que denominamos pueblo.

Vemos al hombre á través de los primeros destellos que arroja la Historia sobre aquellas entenebrecidas épocas de la humanidad, esforzarse por conquistar en el planeta un puesto digno de un sér pensante, que guardaba en su cerebro, en estado rudimentario, una inteligencia perfectible que, desarrollada más tarde y perfeccionada por el cincel de los siglos, había de elevarse desde la edad de piedra hasta la más refinada cultura, desde el sometimiento bestial á la fuerza bruta, hasta reconocer el poderío de la razon.

Vemos los primeros hombres de la civilizacion que, haciendo esfuerzos titánicos, sujetaron las fieras que les rodeaban, considerar la fuerza como virtud superior, y apoyados en ella, dar rauda vuelo á sus locos afanes de poderío, entrahillando con su látigo las tribus errantes, reduciéndolas á su dominio; de aquí la funesta idea de gobierno, la division de las sociedades en opresores y oprimidos, y la de los hombres en déspotas y siervos; y desde entonces vemos que el pueblo, siempre oprimido, arrastra una existencia rodeada de inquietudes, cuajada de tormentos, sin prestigio, sin autoridad y sin derechos. Los déspotas, con prevencion bastante para crearse una genealogía divina, ó con necedad suficiente para creerse formados de distinto limo que los demás pusieron entre ellos y el pueblo la férrea muralla de sus despotismos, esclavizándole y envileciéndole, para hacerle arrastrar el carro sangriento de sus soberbias.

Al déspota se unieron: la nobleza, cuyos títulos nobiliarios alcanzó muchas veces á costa de bajezas y de sangre, y la teocracia, que, por los peldaños de la astucia, consiguió elevarse á las últimas gradas del imperio; mientras tanto, el pueblo yacía hundido en los antros de un rebajamiento odioso, envuelto en una penumbra de racionalidad, huérfano de educacion, sin direccion moral, abandonado á sus instintos y supeditado al capricho de los que le tiranizaban.

Esta brutal forma de gobierno, que tanto denigra la ciencia humana, es la que ha producido el servilismo del pueblo, cuya triste suerte es igualmente desgraciada, cualquiera que sea la época en que la estudiemos. En las sociedades primitivas, el jefe, apoyado en el derecho de su fuerza ó en el de la tradicion, ejerce sobre su tribu un poder absoluto, mandando sobre ella, con todo el peso de una autoridad salvaje, pronta á cruzar con su afrentoso látigo la faz de su pueblo: más adelante, instituida la

monarquía, los soberanos ejercen arbitrariamente el mando sobre el pueblo, encerrándole en el círculo de vejaciones y despotismos que les crearan los poderosos, que en unión del rey ó emperador se repartían como patrimonio propio los territorios que el pueblo conquistaba; y en la Edad Media, uncido al carro del feudalismo, arrastra igualmente las consecuencias del despotismo y sigue siendo vil instrumento de los antojos de los nobles: un tejido de vejaciones inicuas, de irritantes despotismos, de abyección vergonzosa, de miserias crueles, esta ha sido la vida del pueblo, durante su penosa ascensión por la escala de las edades.

A pesar de esto, el pueblo, los desheredados de la fortuna, son los que han formado con sus trabajos continuados el edificio de la civilización; los que han rellenado los grandes huecos de la vida de las naciones con los productos de su trabajo. De su seno han salido casi todos los hombres geniales que han encendido con los destellos de su inteligencia la antorcha luminosa que alumbra las sendas de nuestra vida. Ellos, los oprimidos, eran los que se hundían en las entrañas de la tierra para arrancar del filón los metales con que se enriquecían los predestinados; ellos, los que sacaban de la fecunda tierra los elementos de la riqueza; los que sostenían la vida de los señores que los despreciaban; ellos los que construían suntuosos palacios donde ostentaban su fausto, sus soberbios opresores; ellos, los que llegaron á construir tumbas tan gigantescas como las pirámides, para que hasta en la muerte se distinguieran del pueblo envilecido y servil, los hijos de los *dioses*, como en el paroxismo de su soberbia se hacían aquellos déspotas llamar; ellos, que con su trabajo continuado han ido siglo tras siglo abriendo el cáuce por donde la humanidad había de marchar para llegar á su engrandecimiento; ellos, en fin, los que han esculpido sobre la ancha faz del planeta los signos de la civilización que los hijos del siglo XIX poseemos

¡Pero con cuánta lentitud ha ido ascendiendo el pueblo por la escala de la civilización! Pero no puede ser de otra manera: la marcha del progreso debía seguir los mismos pasos que el desarrollo de la razón; esta se hallaba atrofiada por la ignorancia, y la ignorancia, engendradora de todo lo vil, de todo lo indigno, de todo lo odioso, engendraba también aquel vergonzoso servilismo que mataba con su acción embrutecedora las más rudimentarias ideas de la dignidad del hombre y de sus derechos en la sociedad; procurando los dominadores, por todos los medios retener, al pueblo en la ignorancia; temiendo, con fundamento, que el día que el pueblo se instruyera, ya no podrían explotarle, ni cohibirle, ni dominarle, sino que por el contrario, dignificados por el saber, se alzarían proclamando la razón y la justicia.

Pero todo tiende á la perfección; y obedeciendo á esta ley primordial, había ascendido el hombre de lo bruto á lo racional, de las nebulosidades de racionalidad que le envolvían en las primeras épocas de su existencia, á las claridades del presente: y el pueblo, aunque lenta y trabajosamente, sube también, elevándose su conciencia racional, conquista su dignidad, que yacía hecha jirones entre las cadenas del servilismo, y asciende siempre, en busca de lo más noble, de lo más justo, de lo más grande, de lo más verdadero.

Los avanzados de la civilización, esos hijos del pueblo que, adelantándose á su época han iluminado inteligencias y saturado las almas de las auras libres del bien y la justicia, no cesan de gritar: «Instruyamos al pueblo, sensibilicemos sus almas atrofiadas por la carencia de la luz, de derechos, dignidad, de educación, y se habrá dado un gran paso para afianzar en el mundo la era de la justicia y la fraternidad.» Y así, gritando esto constantemente á las almas de las muchedumbres, las ha hecho abrir sus almas á los eflúvios regeneradores del bien, y adquirir ciertos grados de cultura que le permitan pedir su libertad, conocer sus derechos, anhelar su significación.

La educación: hé aquí el motor poderoso que impulsa á la humanidad hácia la

realización de todos los bienes; por esto piden instrucción para el pueblo todas las almas verdaderamente sublimes.

Mi voz, aunque débil, se une á la de los que ansían la regeneración por medio del saber, y pido con redoblada insistencia la luz para el ignorante, cuando miro la triste suerte del hombre allá en las negruras del pasado, y hallo que la causa de tanta abyección era la ignorancia.

Yo me adelanto en las veloces alas del pensamiento á un venturoso día que adivino, en el que elevada la sociedad por la poderosa palanca de la instrucción á las luminosas claridades de la perfección, no habrá ya más diferencias sociales que las impuestas por la ciencia y la virtud. ¡Dichosos los que le alcancen! Hermoso espectáculo, ver á la humanidad gobernarse por la justicia; las almas engrandecidas y caldeadas por el amor á sus semejantes; el sentimiento de la igualdad y la justicia impulsando todos los actos del hombre; la vida manifestándose activa, bullente, palpitante y libre; el derecho y la libertad reinando con cetro omnipotente en el seno de las sociedades.

Entre tanto, viendo la marcha grave y majestuosa del hombre que se eleva hácia el bien, contemplando como el pueblo conquista terreno en el campo de las ideas, cómo trabaja y se afana, como cumple minuto por minuto la ley que rige el Universo cómo sin violencias ni vacilaciones deja la ignorancia soterrada, el error vencido, lo inútil pisoteado, siento que esta exclamación espontánea, sube á mis labios: vosotros los que trabajáis por el bien, los que aceleráis en la tierra el reino de la razón, los que mostráis las manos encallecidas por el trabajo, recibid mi más sincero y entusiasta aplauso.

DOLORES NAVAS.

Córdoba y Marzo 1887.

NO OS LAMENTEIS

Como vosotros vivimos hace años, señores curas de aldea, en un pueblo de escaso vecindario, así es que no podemos desconocerlos. Vosotros, por lo vieja que es la institución á que perteneceis y lo vetustas de las casas señoriales donde morais juzgase que hace años, siglos, sino vosotros vuestros antecesores, desde que principiaron á agruparse las primeras casas para formar el pueblo.

Miembros de esa institución llamada Iglesia romana que decís fundada por....Cristo, y que se propone seguir y propagar sus sublimes enseñanzas: sois por tanto los maestros en ciencia cristiana que venís por su virtualidad obligados á enseñarla teórica y prácticamente á vuestros convecinos sin distinción de sexos ni edades ni posiciones; porque como á los profesores de primera enseñanza están por conducto del Estado remunerados vuestros servicios.

Periódicamente recibís de vuestro superior gerárquico ó como si dijéramos el inspector, algunas de sus visitas que por cierto no deben tener por objeto examinar ú observar si progresan en cristianismo vuestros discípulos como debería ser su cometido, sino que con tal que encuentren los emolumentos del culto conforme y se vean agasajados por unos cuantos fanáticos y recibidos al vuelo de las campanas á fuer de grandes magnates, parece ya se dan por satisfechos. Así es que con esta clase de inspección de vuestra enseñanza no es de admirar, ó así, lo es que muchos de vosotros os entregéis á la holganza y hasta olvideis vuestra delicadísima misión. De ahí

que á pesar de estar tantos siglos al frente de estos pueblos no hayais conseguido cristianizarlos sino de nombre y nunca de hecho, y dudamos que jamás lo logreis.

Si da fruto vuestra mision vedlo en derredor vuestro. Tanto predominio como tenéis sobre la mujer, mirad á vuestra vecina la esposa del jornalero que si necesita yerba para los conejos de su corral no repara en malmeter los sembrados del propietario; si necesita leña por consiguiente, con la creencia que son pecado verde *peccati minuti* si tienen ocasion hacen de las suyas sin ningun escrúpulo. Tampoco reparan en arrebatarnos las coles de vuestro huerto y si les place, ni en devastar cuanto en él exista como ha poco sucedió al Párroco de Bellbé (O. de Urgel) apreciándolo dicho señor como recompensa de haberse inmiscuido en las elecciones municipales. Ved á otro que con el ganado ó de otra manera malogra la cosecha de otro vecino; acude este ante los tribunales de justicia y hace descargar todo el peso de la Ley sobre el delincuente; al siguiente dia, al propietario que quiso escarmentar al que abusa de lo que no es suyo, le arde el pajar ó le han talado un olivar, cuando tras una esquina no le han pegado un tiro.

Estos casos desagradables y otros que sería prolijo relatar son causas para que toda persona pacífica y de holgada posicion fastidiada y aburrida por tales motivos se traslade á residir en una populosa ciudad donde se haga temer el *Dios guardia civil* que es el único que la gente del pueblo teme; no á la justicia divina porque no habeis alcanzado aun hacerla comprender. De ahí que en muchos municipios no haya un hombre de capacidad para ponerse al frente.

Notad tambien los parages de lupanar que aunque sean muy ocultos no por esto dejan de ser muy frecuentes. En fin si hay algo de moralidad es aparente, nada de realidad. Vosotros bien lo sabeis porque lo veis lo oís y lo tocais.

No os lamenteis por lo tanto que os veais algunos de vosotros postergados y objeto de befa y escarnio, porque, como los demás mortales, sois hijos de vuestras obras. Si en vez de originar ó fomentar algun motivo de discordia entre los vecinos os hubieseis dedicado á evitarlos; (por haber concitado sus ódios desde el púlpito el cura párroco de Sendumi, (O. de Vich, recientemente ha tenido que trasladar su residencia una familia católica apostólica y romana) si en lugar de tomar participacion en las contiendas fratricidas hubieseis obrado como verdaderos ministros de paz procurando por vuestra mediacion evitar el derramamiento de sangre, como era vuestro deber; si vuestra vida pública y privada se adaptase conforme á la pura doctrina del divino Redentor, estad seguros, segurísimos que seriais apreciados y respetados como debeis serlo, como lo son algunos de vosotros que hayan sido modelo de virtudes cristianas que no solo está rodeado de todas las consideraciones, sinó que es hasta venerado con fanatismo.

¿Quereis rehabilitaros, vosotros, los que no sois dignos del nombre de sacerdote de Jesucristo? Principiad por atemperar vuestra conducta imitando á vuestro Maestro Jesús, y luego demostrad tener conciencia y dignidad renunciando, como *por delicadeza* deberiais haberlo hecho ya, á esa exorbitante suma que figura en los presupuestos del Estado para sostener una religion que no necesita retribucion alguna para mantenerla en las conciencias y fomentarla; porque quien es cristiano naturalmente es apóstol.

Y haciéndolo así, no lo dudeis, sereis dignos de vuestro nombre y conseguireis el aprecio y un caluroso aplauso de nuestra española pátria.

TERESITA CONSTAN.